

Una gritería aguda respondiéndoles, mientras otra bala de winchester hacía saltar la corteza del árbol. —¡Entregate o te voy a dejar la cabeza!... —¡Andá nomás! —instó Cayé a Podeley—. Yo voy a...

Y tras nueva descarga entró en el monte. Los perseguidores, detenidos un momento, por las explosiones, lanzáronse rabiosos adelante, fusilando, golpe tras golpe de winchester, el derrotero probable de los fugitivos.

A cien metros de la picada, y paralelos a ella, Cayé y Podeley se alejaban, doblados hasta el suelo para evitar las lianas. Los perseguidores lo presumían; pero como dentro del monte el que ataca tiene cien probabilidades contra una de ser detenido por una bala en mitad de la frente, el capataz se contentaba con salvas de winchester y aullidos desafiantes. Por lo demás, los tiros errados hoy habían hecho lindo blanco la noche del jueves...

El peligro había pasado. Los fugitivos se sentaron rendidos. Podeley se envolvió en el poncho, y recostado en la espalda de su compañero sufrió en dos terribles horas de chuchó el contragolpe de aquel esfuerzo.

Prosiguieron la fuga, siempre a la vista de la picada, y cuando la noche llegó por fin acamparon. Cayé había llevado chipas, y Podeley encendió fuego, no obstante los mil inconvenientes en un país donde, fuera de los pavones, hay otros seres que tienen debilidad por la luz, sin contar los hombres.

El sol estaba muy alto ya cuando a la mañana siguiente encontraron el riacho, primera y última esperanza de los escapados. Cayé cortó doce tacuaras sin más prolija elección, y Podeley, cuyas últimas fuerzas fueron dedicadas a cortar los isipós, tuvo apenas tiempo de hacerlo antes de enroscarse a tiritar. Cayé, pues, construyó solo la jangada —diez ta-

cuaras longitudinalmente con lianas, llevando en cada extremo una atavesada.

A los diez segundos de concluida se embarcaron. Y la jangadilla, arrastrada a la deriva, entró en el Paraná.

Las noches son en esa época excesivamente frescas, y los dos mensú, con los pies en el agua, pasaron la noche helados, uno junto al otro. La corriente del Paraná, que llegaba cargada de inmensas lluvias, retorció la jangada en el borbollón de sus remolinos y aflojaba lentamente los nudos de los isipós.

En todo el día siguiente comieron dos chipas, último resto de provisión, que Podeley probó apenas. Las tacuaras, taladradas por los tambús, se hundían, y al caer la tarde la jangada había descendido una cuarta del nivel agua.

Sobre el río salvaje, encajonado en los lúgubres murallones del bosque, desierto del más remoto ¡ay!, los dos hombres, sumergidos hasta la rodilla, derivaban girando sobre sí mismos, detenidos un momento inmóviles ante un remolino, siguiendo de nuevo, sosteniéndose apenas sobre las tacuaras casi sueltas que no alcanzaban a romper sus ojos desesperados.

El agua llegábase ya al pecho cuando tocaron tierra. ¿Dónde? No lo sabían... Un pajonal. Pero en la misma orilla quedaron inmóviles, tendidos de vientre.

Ya deslumbraba el sol cuando despertaron. El pajonal se extendía veinte metros tierra adentro, sirviendo de litoral a río y bosque. A media cuadra al Sur, el riacho Paraná, que decidieron vadear cuando hubieran recuperado fuerzas. Pero éstas no volvían tan rápidamente como era de desear, dado que los cogollos y gusanos de tacuara son tardo fortificantes. Y durante veinte horas, la lluvia cerrada transformó al Paraná en aceite blanco y al Paraná en furiosa avenida. Todo imposible. Podeley se incorporó de

pronto chorreando agua, apoyándose en el revólver para levantarse, y apuntó a Cayé. Volaba de fiebre. —¡Pasá, añá!...

Cayé vio que poco podía esperar de aquel delirio, y se inclinó disimuladamente para alcanzar a su compañero de un palo. Pero el otro insistió:

—¡Andá al agua! ¡Vos me trajiste! Vandeá el río! Los dedos lívidos temblaban sobre el gatillo.

Cayé obedeció; dejóse llevar por la corriente, y desapareció tras el pajonal, al que pudo abordar con terrible esfuerzo.

Desde allí, y de atrás, acechó a su compañero; pero Podeley yacía de nuevo de costado, con las rodillas recogidas hasta el pecho, bajo la lluvia incesante. Al aproximarse Cayé alzó la cabeza, y sin abrir casi los ojos, cegados por el agua, murmuró:

—Cayé... caray... Frio muy grande...

Llovió aún toda la noche sobre el moribundo la lluvia blanca y sorda de los diluvios otoñales, hasta que a la madrugada Podeley quedó inmóvil para siempre en su tumba de agua.

Y en el mismo pajonal, sitiado siete días por el bosque, el río y la lluvia, el mensú agotó las raíces y gusanos posibles, perdió poco a poco sus fuerzas, hasta quedar sentado, muriéndose de frío y hambre, con los ojos fijos en el Paraná.

El Sílex, que pasó por allí al atardecer, recogió al mensú ya casi moribundo. Su felicidad transformóse en terror al darse cuenta al día siguiente de que el vapor remontaba el río.

—¡Por favor te pido! —lloriqueó ante el capitán. ¡No me bajen en Puerto X! ¡Me van a matar!... ¡Te lo pido de veras!...

Pero a los diez minutos de bajar a tierra estaba ya borracho con nueva contrata y se encaminaba tambaleando a comprar extractos.

H O R A C I O Q U I R O G A

Klaus Mann: "André Gide y la crisis del pensamiento moderno". Traducción de León Miras. Editorial Poseidón, Bs. Aires, 1944. 340 páginas.

En alguna parte de su vasta obra ha dicho André Gide: "Ne me comprenez pas si vite, je vous en prie". Esta suspensión del juicio, tan patéticamente solicitada, no responde a un deseo narcisista de morosa contemplación de la propia obra. Responde a la firme y honesta convicción de que todo juicio instantáneo, así como toda definición inapelable, sólo pueden mutilar y desfigurar la verdadera, múltiple y cambiante realidad que ofrece André Gide. Esta dificultad, este malestar que se experimentan al acercarse a su obra con fórmulas preparadas de antemano, la conoce cualquiera que haya intentado expresar por la palabra su experiencia de este autor impar. Pero esta no es la única dificultad. Otra no menor es la de luchar contra la abundancia desorientadora del material documental acumulado por el mismo Gide. El primero en intentar la comprensión y la comprensión de su esencia (de sus esencias) ha sido el propio creador, quien ha utilizado con tal fin las formas literarias más disímiles, desde la autobiografía objetiva (*Si le grain ne meurt*, 1926) hasta la ficción novelesca (*Les faux-monnayeurs*, 1925) o la anotación cotidiana y subjetiva (*Journal*, 1889 - 1939). El resultado ha sido una documentación de primer orden, pero (como es natural) extremadamente compleja y difícil de manejar.

Contemplando los dos rostros de Goethe, el izquierdo y el derecho, Pierre Abraham ha descubierto que uno (el derecho) expresa la Sabiduría y el otro la Pasión, agregando, además, que en la figura compuesta predomina la impresión de Sabiduría (*Figures de Goethe*, en la revista *Europe*, 1932). Por el contrario con respecto a Gide, el crítico puede aventurar que una experiencia semejante arrojaría el saldo favorable a la Pasión, ya que el costado izquierdo de Gide es delator: allí, efectivamente, la pasión contenida con violencia está pronta para el salto. Esto es lo que hace tan verdadera y tan definitiva su declarada inestabilidad; esto es lo que hace tan inútiles por principio todos los intentos de simplificación y de divulgación de sus ideas. Quizás sean prescindibles esas

UN RETRATO DE ANDRE GIDE

reflexiones previas, ya que el objeto visible de esta nota es la reseña de la biografía de Gide por Klaus Mann. Quizás no sean prescindibles porque ellas expresan el riesgo ineludible y el defecto original de toda empresa semejante, lo que permite rebajar la responsabilidad de Klaus Mann y sirve a la vez para destacar su joven audacia.

Sin embargo pocas personas estaban en mejores condiciones que Mann para lograr su objeto. Mann pudo conocer a Gide cuando éste se hallaba en el vigor de su madurez y cuando su influencia podía ser decisiva, al punto que el mismo Mann declara que Gide es el "hombre a quien debo más que a nadie intelectualmente" (ver página 275). Por otra parte la cultura y la inteligencia del biógrafo le permitían recoger directamente todas las complejas alusiones de las obras de Gide. Pero los resultados fueron bastante inferiores a

lo que, lógicamente se podía esperar.

El joven Mann se proponía cumplir en esta obra tres cometidos esenciales. Se le puede juzgar por lo tanto, de tres puntos de vista: Una rápida enumeración valorativa arroja estos resultados:

I. — Como biografía la obra resulta demasiado pobre de información y demasiado sintética en la exposición de los hechos fundamentales de la vida de Gide. No sólo prescinde de muchos episodios significativos, sino que escamotea, además, el comentario profundo de los que presenta. Así, por ej., no hay casi nada de la amistad con Paul Valéry o con Roger Martin du Gard — las que están suficientemente documentadas en muchas páginas del inagotable *Journal*. Tampoco está indicada con suficiente penetración la relación íntima — centro de casi todas las crisis morales y espirituales de Gide —

con Emmanuele, su esposa. (A ese respecto el *Journal* es un poco elíptico y reticente, aunque contiene abundante material). El aspecto biográfico aparece, en resumidas cuentas, como una débil cuerda sobre la que oscila peligrosamente el libro.

2. — Como crónica de la época contemporánea, su valor es escaso. El cuadro de ambiente que traza Mann adolece de los mismos defectos que el retrato de primer plano: esquemas apresurados y omisiones injustificadas. En cierto sentido estos defectos se agravan porque el retrato individual es casi siempre inteligente, mientras que los breves apuntes de otras personalidades son casi siempre superficiales (p. ej., lo que dice de Julien Green, en la página 12, no supera las peores greguerías del temido *Klabund* en su *Historia de la literatura*). Por otra parte la importancia moral, intelectual y estética de Gide aparece poco do-

cumentada en sus profundas resonancias.

3. — Como crítica literaria, estrictamente hablando, no existe el libro. Los comentarios de Mann no pasan de ser una glosa inteligente o una exposición servicial del contenido inmediato de las obras de Gide; nunca llega a la crítica propiamente dicha. Compárese si no su comentario de *Les faux-monnayeurs* con el riquísimo autocomentario del *Journal des faux-monnayeurs* (1925).

Estas breves anotaciones indican el balance poco favorable de una obra cuyo tema, cuyo autor y cuyo subtítulo prometían tanto. Pese a esto no se debe olvidar un valor relativo de esta biografía: puede servir de introducción, no demasiado infiel, al pensamiento y a la obra de Gide. Una introducción que adiestre al lector, permitiéndole abordar luego los textos fundamentales e insustituibles del propio Gide.

Emir Rodríguez Monegal.

Exclusivo
para Damas

Colucci

CALZADOS

81474

18 de Julio 1929
y 18 de Julio 1623